



Pablo Herreros

Harlem y el Gospel me han enseñado mi verdadero camino. ¡Halleluia!

Mayo de 2002.

Voy a centrar la historia en lo que pone en el asunto, pues creo que es lo que mas juego da para que estas líneas os alegren un poco el día. Si me distraigo abriendo paréntesis o metiéndome en otras partes del viaje de una semana que he hecho a la Gran Manzana, perderemos la concentración y nos apartaremos de lo verdaderamente importante, que es mi conversión al Cristianismo Fundamentalista, como os decía en el título. Sí, sí, habéis leído bien. Harlem me ha enseñado que llevo toda mi vida perdiendo el tiempo. El Señor es ahora mi guía, él me llevará por el camino del Bien. ¡Halleluia!

La historia comienza cuando el otro día, saliendo de noche por el Soho, conozco a dos chicas españolas que me ofrecen ir con ellas a Harlem este pasado domingo 5 de mayo de 2002 a ver una misa de Gospel. Como es natural, pienso en lo chulísimo que debe de ser conocer ese mundo y quedamos en llamarnos para ir juntos hasta allí. Para situaros mínimamente con los personajes, os diré que mis anfitrionas son Mariaje, una chica blanca de Asturias que lleva viviendo en Nueva York trece años; y Marisol, una chica negrita, también española, que vivió un año y medio en NY y ha vuelto ahora de visita para pasar también aquí el puente de mayo. Así, será Mariaje quien ejerza de guía con Marisol y conmigo, que somos nuevos en esto de las misas de Gospel.

Bien, pues salimos del Metro en pleno Harlem, en medio de una gran avenida y, de momento parece que la cosa no es tan peligrosa como creía. Sí, Mariaje y yo somos lo único blanco que deambula por las calles y, la verdad es que sí se nota un poco cierta hostilidad en las miradas de algunos tipos duros del barrio al otro lado de la acera. Pero no, no parece que corramos ningún riesgo a plena luz del día en el mismísimo Harlem. Así que, efectivamente, llegamos sanos y salvos a la iglesia que Mariaje nos había elegido y cruzamos excitados la puerta. Mariaje nos advierte de que la misa ha empezado a las 10h (son las 12,30 cuando entramos), y dice que acaba como a las 13 y algo. ¡Joder, y a mí me parecían largas las misas españolas!

¡Qué simpáticas, las acomodadoras nos dan la bienvenida!

Es genial, la iglesia está perfectamente organizada de forma que unas acomodadoras de uniforme van sentando muy educadamente a todo el mundo en donde ellas ven huecos, como cuando vas al cine. De hecho, la iglesia tiene una forma más parecida a un teatro que a una iglesia, con su patio de butacas y su entresuelo que vuela por encima de éste. No hay imágenes de Dios, sólo dos o tres pancartas que dicen "The Lord bless you all" y cosas por el estilo. En el escenario, todo lo que hay son bancos para que se sienten los que van saliendo a hablar y cantar, micrófonos, un órgano, los músicos y un hueco rodeado de cristal con remates dorados, especialmente acondicionado para el batería. Aquí los que cantan y hablan son los que dirigen el cotarro; o sea, como lo de nuestros curas; y los que tocan los instrumentos, vienen a ser un poco como nuestros monaguillos, pero en más salao y con más ritmo.

Ni que decir tiene que Mariaje y yo somos los únicos blancos entre las 700 u 800 personas que habrá en la iglesia. Mejor dicho, deberíamos serlo, pero ¡oh, sorpresa!, nada más entrar vemos que encima del escenario hay casi 25 personas blancas, como nosotros. Nos extraña verlos, pero evitamos hacer ningún gesto de camaradería hacia ellos ni ninguna señal con las manos. Nosotros bastante tenemos con calmar la tensión e intentar pasar inadvertidos ¡qué ilusos!. Así, nos sentamos como en la fila 12 del patio de butacas, un sitio perfecto que está justo en el centro del recinto.

Lo primero que pienso es que vaya mierda de iglesia de Gospel si los que van a cantar y hablar son todos blancos.



¡Menuda chapuza, cómo han podido fallar en algo tan básico! –me digo-. Vale, también hay algunos negros en el escenario, pero son muchos menos. Bueno, el caso es que empieza la juerga y voy examinando ya todo lo que veo con más calma. El público de esta parte de abajo (la de arriba no la veo), se compone de unas 400 o 500 personas de color.. ¿Cómo que de qué color? Joder, pues de color negro, como el betún. ¡De qué color queréis que sean, coño! ¿No os he dicho que esto es Harlem? Pues eso, que efectivamente somos los únicos blanquitos, así que empiezo a asumir que todo el mundo nos habrá detectado y me pregunto si les sentará bien que vengan.

Aquí empiezan las sorpresas

Sí, los blanquitos están más que localizados pero, ¡pasmaos!, recibimos constantes miradas afectuosas y palabras de bienvenida de TODOS nuestros nuevos hermanos de los bancos de alrededor: "The Lord bless you", "Welcome", dicen...se desviven en sonrisas hacia nosotros. No me lo puedo creer, nos tratan como si les honráramos con nuestra presencia, ahora sí que estamos obligados a asistir a su ritual con respeto...

Bueno, pues el caso es que el panorama es alucinante: familias enteras que están participando de la misa con auténtica devoción, todos vestidos como si fuera el día más importante de sus vidas. Los hombres van casi todos con corbata (de colores que no pensé que se fabricaran) e incluso con trajes (en algunos casos, hasta amarillos o verdes). Las mujeres, con sus mejores vestidos (de floripondios estridentes, lentejuelas...) y la mayoría con sombreros (no, no son como los de las carreras de Ascot, son un poco distintos). Los niños también van como de comunión, hasta los más pequeños.

Se ve clarísimo que es casi todo gente muy humilde que se pone su mejor ropa como si fueran a la boda de su hermano. Hombre, si se hiciera un Top 50 de las personas más elegantes del mundo, igual no estaba ninguno de los presentes...pero a lo que iba: este es el día más importante de la semana para todos ellos y lo demuestran con su actitud y su cuidado al vestir.

¡Hey, men! y las palmas a compás

Una vez situados, comienzo a disfrutar del espectáculo. Una de las niñas blancas del escenario, de unos doce años de edad, cuenta que su madre siempre estaba borracha y que ella lo pasaba fatal...Hasta que -dice la niña-, pidió ayuda a la Iglesia y ésta le dio el cariño y los medios para salir de esa situación. "El Señor estuvo a mi lado y dejé de ser infeliz". "Oh, The Lord bless you, ¡halleluia!" Se oye replicar a uno de los que están en escena. El hombre, trajeado y con unas impresionantes dotes oratorias, bendice la historia de nuestra pequeña testigo y pide que les demos un caluroso aplauso a nuestros hermanos de California. ¡Coño, nuestros hermanos de California! Claro, ahora entiendo por qué están todos esos blancos en el escenario. El hermano negro, uno de nuestros líderes, anuncia que nuestros hermanos californianos se van a bajar del escenario, pero que antes van a cantar una última canción, así que todos damos palmas a compás. No es compás de bulerías, es uno mucho más fácil, el típico compás que marca la batería y que todos en el público seguimos (sí, claro, nosotros también, queremos demostrarles que respetamos su rito y procuramos unirnos).

Lo segundo que llama mi atención es que, cada vez que el orador acaba un par de frases o tres, varias personas en cualquier parte del templo dicen algo como ¡Hey, Men! Y pienso, qué "cool", ¿no? Se animan diciendo algo equivalente a nuestro "que pasa, tío". Pero no. ¿Seré idiota? Lo que dicen no es jey, men, sino Eimen. O sea, Amen. Así que aprendo mi primera lección sobre cómo comportarme durante la misa: cuando alguien hable, hay que decir cada dos o tres frases lo de Ei men, Jaleluya o The Lord bless you; y cuando estén cantando, lo que hay que hacer es hincharse a dar palmas y a mover la cintura para que se vea que disfrutas agasajando al Lord.

La primera, en la frente

Sí, sí...que no se nos viera, ¡qué poco nos dura el anonimato! No habían pasado ni cinco minutos desde nuestra llegada y ya nos forman el corrillo....



Madre mía, vaya forma de integrarnos...Nuestro líder espiritual dice: "Vamos a dar la bienvenida sincera a nuestros nuevos hermanos. Que se levante la gente que haya venido a nuestra iglesia hoy por primera vez..." Sí, claro que nos quedamos sentados, no somos gilipollas. Pero la cabrona de Mariaje nos delata y todo nuestro entorno nos pide que nos levantemos. ¡Qué bien, la negrita y el blanquito puestos en pie y contemplados por toda la iglesia! Nuestro padre dice desde el púlpito varias frases elogiosas y se dirige a nosotros con mucho cariño, pidiendo a todos que nos acojan en su seno (claro, somos sus hijos). Los dos españolitos devuelven miradas de agradecimiento y dicen zenkiu sin parar a todos, que no dejan de insistirnos en que "welcom, que welcom, The Lord bless you"...Y nosotros: que The Lord bless you too, que zenkiu, que zenkiu very much Manuel very guell fandango...

Lamentablemente, el ritual de nuestra llegada no acaba ahí: el líder da la señal para que todos juntos se dispongan a deleitar con esa supercanción de bienvenida a los nuevos hermanos. Todos sentados (menos nosotros, que seguimos estando de pie) entonan una cosa preciosa del estilo del "Llegado ya el momento de la separación..." que cantábamos en los campamentos de nuestra infancia. Y todos la cantan dados la vuelta; o sea, mirando con blancas sonrisas a los nuevos creyentes (sí, los dos páñfilos de siempre). Las señoras más cercanas se esfuerzan por ilustrar con gestos cada una de las frases de la letra: vosotros sois muy bienvenidos en esta casa (dedos índices hacia nosotros), qué contentos estamos de que hayáis venido (sonrisas y mano al corazón), etc. Vamos, que es todo de mucha emotividad...

Con pasta, al cielo directo; sin ella, te va a costar, hermano

A continuación viene lo mejor, la hora de la comunión. Vamos, lo que sería la hora de la comunión en una iglesia nuestra, que aquí es algo diferente. Sí, porque en lugar de que te den una hostia, lo que se hace es pasar igual, en fila de a uno, pero en vez de recibir, das. Es decir, que en el altar hay unas personas con un cesto y tú pasas y echas lo que quieras (dinero, claro). Antes de que vayamos, el colega dice que el Señor no nos coge nada, que no es obligatorio, que somos nosotros los que decidimos si queremos darle al Señor lo que consideremos, por nosotros mismos. Pero, atención al detalle: la mayoría de los fieles llevan la pasta en metálico o talones, pero ¡en un sobre con su nombre completo escrito! Mu fuerte, ¿no? Digo yo que será para que el Señor sepa quién es más religioso y quién menos y distribuya así también los milagros proporcionalmente...

Vale, pues el puntazo es cuando yo, que dejo muy discreto dos dólares en la cesta procurando que no se vea cuánto es, emprendo el camino de vuelta a mi banco. Enfilo el pasillo lateral y en la fila cuatro me sale un hermano que, reconociéndome como el blanquito nuevo, me lanza emocionado su mano para que le extienda yo la mía. Por supuesto, voy hacia él y le doy la mano con un caluroso cruce de Welcomes y zenkius por ambas partes. Pero él, extasiado por mi presencia, no contento con saludarme se cuelga literalmente de mí. El resultado es que los dos nos fundimos en un inesperado abrazo y la emoción llena nuestras almas de gozo. Tratando de recomponerme del shock, me seco las lágrimas y continúo camino hasta mi fila doce, en donde me reciben de nuevo entusiasmados el resto de mis hermanos, que ya sí que me ven como uno de los suyos. ¡Y yo a ellos, qué coño, si esta es mi familia!

Alta tecnología para rezar a nuestro Lord

No os lo vais a creer, pero en una de esas canciones en las que todos cogen los típicos libritos de letras que hay en la parte posterior de los bancos para cada tres feligreses, salta la sorpresa: la negrita que tenemos al lado, una mujer de unos 40 años largos, es la más 'in' de todo Harlem. No, no está distraída mirando su calculadora Casio mientras los demás hermanos cantan: está leyendo la letra de la canción directamente en su agenda electrónica de bolsillo, ¡esto sí que es genial! La mujer lleva todas las letras grabadas en su agendita para recordarnos que esto no es Wisconsin ni un pueblo perdido de Ohio, que estamos en New York City, la capital del mundo...

La parte mala del chow viene ahora, y sin que nos demos cuenta. Tras unos primeros 40 minutos plenos de emociones y



música, el espectáculo da un giro inesperado y nefasto. Uno de los líderes que venían tomando la palabra, decide secuestrar el micrófono y aborregarnos con un discurso algo más largo que los demás. Hasta ahora había habido mucha monserga, pero siempre se alternaba la música y la palabrería. El problema es que el pollo coge el micro y empieza con su tono lacrimógeno una de esas historias, bla bla, bla bla...Cincuenta minutos más tarde, ¡cincuenta!, el pavo sigue hablando y Marisol, Mariaje y yo nos miramos atónitos. No es posible, este tío se ha ido gustando cada vez mas y no va a dejar de hablar nunca, es peor que Fidel Castro. Os ahorro los 50 minutos. Sólo os digo que el cabrón es tal maestro de la oratoria, que no hay un segundo en el que no se oiga a algún parroquiano decir bless you, ei men o cositas de las tuyas como The Lord prays for you, y tal y cual..

Durante la ultima parte del sermón, buscamos la forma de salir de allí, pero no nos es posible porque encima está hablando de problemas muy serios del barrio: que si les van a cerrar la escuela, que si los hijos de los fieles están tirados en medio de la calle infectados por el SIDA...El toque definitivo nos lo da una historia que cuenta de una mujer que un día se salió de una misa a medias y no se sabe cómo acabó... ¡Coño, ahora sí que no podemos irnos, nos van a asesinar! Así que esperamos pacientes y por fin termina, cuando el reloj marca las dos menos cinco.

!Por fin! Volvemos al rollito de los dos minutos de parrafada seguidos de canción con palmas, menos mal. Y la cosa va ganando en subidones. Las parrafadas se tornan cada vez mas lacrimógenas y el orador va jugando magistralmente con el volumen, de forma que cuando te crees que te puedes dormir, te suelta un grito que deja la iglesia tiritando y a diez o doce fieles lanzando sus brazos al cielo. Eso sí que es lo más. En este punto, la gente empieza a alcanzar ya el orgasmo religioso total. Incluso esas señoras o tíos jóvenes que parecían comportarse educadamente con nosotros, esos que creías que eran gente normal que, simplemente, tenia unas creencias diferentes a las tuyas, pierden la cabeza. No se puede describir, os juro que la gente parece que está poseída por Lucifer, se dejan todos llevar por la música o las parrafadas y agitan sus brazos hacia el cielo poniendo los ojos en blanco. No todos, pero por lo menos tres o cuatro personas por fila, se mueven como si tuvieran dentro de sí la Solitaria, ¡qué barbaridad, son como salidos de una película, es impresionante!

Por fin, pasadas las dos, cuando vemos que otro iluminado se dispone a perpetrar un maravilloso discurso, ponemos pies en polvorones intentando no cruzar la mirada con nuestros hermanos para que no nos censuren, y corremos pasillo lateral arriba. Al llegar al vestíbulo, entregamos a la acomodadora la ficha que amablemente nos han pedido que rellenemos con todos nuestros datos para, me figuro, captarnos del todo, y salimos escaleras abajo. Una vez fuera, ya



sí, sabiéndonos a salvo de la vigilancia de nuestra nueva comunidad, estallamos en carcajadas y empezamos a comentar la jugada.

Como veis, las circunstancias nos impidieron hacer fotos dentro, pero ni Lord nos quito el gustazo de hacernos una foto fuera con el cartel de la entrada...

Pablo Herreros